

# LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

## ULTIMOS VERSOS DE AMADO NERVO

Oh madurez irónica y maldita!  
Por dentro, juventud, por fuera, daños...  
Siempre que veo una mujer bonita  
un incorregible corazón palpita  
sin acordarse de sus cuarenta años!

Mas si ella los advierte, preterido  
soy por aquel insustancial muchacho  
que tal vez no podrá ser ni marido...  
Todo por que la sien ha emblanquecido  
y hay pimienta con sal en el mostacho!

¿Morir? Sí, bien está! Morir amado  
y amando hasta expirar.

...Mas ver perdida  
por siempre a la mujer por que ha nevado  
en nuestra sien, no obstante que colmado  
corre el río potente de la vida,  
es cruel!

Es venganza de una ignota  
hada vieja, incapaz de amor, que quiso  
pagáramos nosotros su derrota  
y hurtó, con espavientos de devota,  
a la virilidad el paraíso.

Amado NERVO

## OSCAR WILDE, POETA, PRESIDIARIO Y LIRICO INGLES



El genial poeta de SALOME cuya obra paradójica y maravillosa es un cuento de Hadas que concluye en tragedia, algo como una leyenda contada por Sheherezade e interrumpida por Eskylo con el horror de un final clamoroso; Oscar Wilde es, aún, entre nosotros lectura de unos pocos amigos de la moderna y refinada Literatura de excepción a que aludiera V. Picca.

Nos complace en ofrecer a nuestros lectores un fragmento de SALOME en que culmina la brillantez suntuosa de su estilo de oriental magnificencia, ropaje príncipesco en que solía vestir, para la admiración de un público selecto sus ideas paradójicas y la honda concepción trágica de la obra.—"SALOME" y la "BALADA DE LA CARCEL" de Reading, son las dos más hermosas gemas del cofre de piedras preciosas que es la obra de Oscar Wilde.

## SALOME

DRAMA EN UN ACTO

Fragmento de la escena tercera

JOANAN. — ¡Quién es esa hembra que pone en mi mirada? No quiero que me mire. ¿Por qué ha de contemplarme con esos ojos que brillan bajo los dorados párpados? No sé quién es, ni quiero saberlo. Decidla que se marche. No es ella a quien deseo hablar.

SALOME. — Soy Salomé, hija de Herodías, princesa de Judea.

JOANAN. — ¡Atrás, hija de Babilonia! ¡No te aproximes al enviado del Señor! Tu madre ha esparcido por la tierra la hez de sus iniquidades, y el clamor de tantos pecados llegó hasta el trono del Altísimo.

SALOME. — Prosigue, Joanán. Tu voz me embriaga.

EL DONCEL. — ¡Princesa, princesa, princesa!

SALOME. — Habla, habla, Joanán, y dime lo que debo hacer.

JOANAN. — ¡No te acerques a mí, hija de Sodoma! Cubre tu rostro con un velo, ponte ceniza en la frente y ve al desierto en busca del Hijo del Hombre.

SALOME. — ¡Quién es el Hijo del Hombre? ¿Es tan bello como tú, Joanán?

JOANAN. — ¡Aparta, aparta! Ya oigo como el ángel de la muerte extiende sus alas sobre este alevaz.

EL DONCEL. — ¡Princesa, por favor, volve a dentro!

JOANAN. — ¡Aparta, aparta! Ya oigo como el ángel de la muerte extiende sus alas sobre este alevaz.

EL DONCEL. — ¡Princesa, por favor, volve a dentro!

JOANAN. — ¡Aparta, aparta! Ya oigo como el ángel de la muerte extiende sus alas sobre este alevaz.

EL DONCEL. — ¡Princesa, por favor, volve a dentro!

JOANAN. — ¡Aparta, aparta! Ya oigo como el ángel de la muerte extiende sus alas sobre este alevaz.

EL DONCEL. — ¡Princesa, por favor, volve a dentro!

JOANAN. — ¡Aparta, aparta! Ya oigo como el ángel de la muerte extiende sus alas sobre este alevaz.

EL DONCEL. — ¡Princesa, por favor, volve a dentro!

JOANAN. — ¡Aparta, aparta! Ya oigo como el ángel de la muerte extiende sus alas sobre este alevaz.

EL DONCEL. — ¡Princesa, por favor, volve a dentro!

JOANAN. — ¡Aparta, aparta! Ya oigo como el ángel de la muerte extiende sus alas sobre este alevaz.

EL DONCEL. — ¡Princesa, por favor, volve a dentro!

JOANAN. — ¡Aparta, aparta! Ya oigo como el ángel de la muerte extiende sus alas sobre este alevaz.

EL DONCEL. — ¡Princesa, por favor, volve a dentro!

JOANAN. — ¡Aparta, aparta! Ya oigo como el ángel de la muerte extiende sus alas sobre este alevaz.

EL DONCEL. — ¡Princesa, por favor, volve a dentro!

JOANAN. — ¡Aparta, aparta! Ya oigo como el ángel de la muerte extiende sus alas sobre este alevaz.

EL DONCEL. — ¡Princesa, por favor, volve a dentro!

JOANAN. — ¡Aparta, aparta! Ya oigo como el ángel de la muerte extiende sus alas sobre este alevaz.

EL DONCEL. — ¡Princesa, por favor, volve a dentro!

JOANAN. — ¡Aparta, aparta! Ya oigo como el ángel de la muerte extiende sus alas sobre este alevaz.

EL DONCEL. — ¡Princesa, por favor, volve a dentro!

EL DONCEL. — ¡Princesa, princesa! Tú, que eres como un ramo de mirra, tú, la reina de las tórtolas, no mires más a ese hombre. No le mires ni le hables así. No puedo soportarlo. Princesa, princesa, no vuelvas a decirle tales cosas.

SALOME. — ¡Yo besaré tu boca, Joanán!

EL DONCEL. — ¡Ah!

(Se mata, cayendo desplomado su cuerpo entre Salomé y Joanán).

EL PAJE. — El doncel sirio se ha matado. El capitán de la guardia acaba de quitarse la vida. Mi amigo del alma, al que yo había dado una cajita de perfumy y unas arracadas de plata ya no existe. ¡Ah, bien presagiaba él mismo una gran desventura! También yo la predije y así ha sucedido. Por algo me parecía que la luna andaba buscando un muerto, pero no presumi que la víctima fuese él. ¡Ah! ¿por qué no le oíste la luna? ¿Por qué no le escuché en una cueva? Así no le hubiera podido encontrar.

SOLDADO PRIMERO. — Princesa, nuestro joven capitán acaba de matarse.

SALOME. — ¡Déjame besar tu boca, Joanán!

JOANAN. — ¡Nada temas, hija de Herodías! No dije que oía batir sobre este alevaz las alas del ángel de la muerte? ¿Y el ángel no ha venido?

SALOME. — ¡Déjame besar tu boca.

JOANAN. — ¡Hija del adulterio! Sólo hay un hombre que pueda salvarte. Es Aquel de quien te hablé. ¡Corre a buscarle! Va sureando en una barca el mar de Galilea y exhortando a sus discípulos.

(Con gran solemnidad).

Póstrate de hinojos en la playa y llámale por su nombre. El vendrá a tí, pues aondequiera que se le llame. Arroja entonces a sus plantas e implora la remisión de tus pecados.

(Desesperada).

SALOME. — ¡Déjame besar tu boca!

JOANAN. — ¡Maldita seas, hija de madre incestuosa, maldita seas!

SALOME. — He de besar tu boca, Joanán.

JOANAN. — No quiero verte más. No volveré a mirarte. Eres maldita, Salomé, eres maldita!

(Desaparece bajando).

SALOME. — ¡Yo besaré tu boca, Joanán! Sí, la besaré.

SOLDADO PRIMERO. — Es preciso llevarse en seguida ese cadáver. Al Tetraera no le place ver otros muertos que sus propias víctimas.

EL PAJE. — El pobre capitán era para mí un hermano, más aún que un hermano. Le regalé una cajita de perfumy y una sortija de ágata que lucía siempre en su mano. Al anoecer nos paseábamos por la ribera bajo los almendros, y me contaba cosas de su patria. Hablaba siempre bajito y el timbre de su voz parecía el son de la flauta de un buen flautista. También le gustaba contemplar su imagen en el cristal de río. Yo se lo reprochaba a veces.

(Al primero).

SOLDADO SEGUNDO. — Témis razón. Hay que ocultar el cadáver para que no lo vea el Tetraera.

SOLDADO PRIMERO. — El Tetraera no vendrá a este lugar. Nunca sale a la terraza. Teme demasiado al profeta.

Oscar WILDE.

## EN LA NOCHE

Para aquella en cuya presencia hice estos versos.

A la luz de la lámpara que llora con mi tristeza místico y suprema, cincelará—hecho artefacto—el poema que aprisione la luz de nuestra aurora.

Y, mientras los bulbos digan cosas sutiles, de la tarde ya lejana, deshojarás mis penas, dulce hermana, al susurrar del aura entre las rosas.

Por el balcón abierto sobre el campo, se filtrará la luna nuevamente para aureolar tus sienas con un lampro;

y en brillante troyel las ilusiones volverán, en la noche confidente, a dar amor a nuestros corazones!...

M. V. PEREZ FLORES.

## ADIOS

Acébrate sin temor, extranjero. Reposo en el Eliseo con las sombras piadosas, desde que duermes el último sueño, Meleagro, hijo de Eúcrates; Meleagro que celebró al amor y sus dulces lágrimas, a las Musas y a las juguetonas Gracias. Pasó su edad viril en la divina Tiro y sobre la tierra sagrada de Godara, y la isla de Cos ha abrigado y ha nutrido su vejez. Si eres sirio, ¡Salam! (Adios). Si eres fenicio ¡Aydoni! (Adios). Si eres griego, ¡Khairei! (Adios). Y tú dime lo mismo.—MELEAGRO.

## EL HOMBRE SOMBRIO

Ese que ativo pasa, ese es el hombre mío; En sus manos se advierten orígenes preclaros; No le miréis la boca porque podéis quemaros, No le miréis los ojos, pues moriréis de frío.

Cuando va por los llanos, tiembla el cañe de río; La sombras de los bosques se transforman en claros Y al cruzarlos, soberbio, jugueteando a disparos, Las fieras se acurrucan bajo su aire sombrío.

Ama muchas mujeres; no domina su suerte; En una primavera lo alcanzará la muerte Coronado de pámpanos, entre vinos y fruta.

Mas mi mano de amiga lo acaricia de modo Que tiembla dulcemente, se desprende de todo Y llora como el niño que ha extraviado su ruta.

Alfonsina STORNI  
Del libro IRREMEDIABLEMENTE... que acaba de aparecer

## LA TUMBA DE OSCAR WILDE

Una mañana láctea — color de agua — del invierno de 1913, en París dos artistas caraqueños, un pintor y un poeta, preparan al omnibus "Madelaine-Père Lachaise" con el piadoso y lírico objeto de visitar la tumba del autor de "De Profundis". El pintor era Tito Salas. El poeta—aunque indigno — era el que estas líneas va trazando. Llovía y la ciudad se arrabujaba en su chal de brumas con un gesto adorable de actriz friolenta. Los árboles del boulevard diseñaban en el cielo blanco sus finísimas ramificaciones a manera de esas madreporas que con un arte tan sutil incrustan los japoneses en las cajas de bombones. Bajamos frente a la verja del cementerio y después de una breve estación ante los saúces que sombrean la tumba de Musset convinimos en dirigirnos a la Oficina de la necrópolis para informarnos del sitio en que reposaban los huesos pecadores del hermano de Shakespeare. La lluvia azotaba las alas de cóndor de nuestros grandes chambergos barriolatiñosos.

—La tumba de Oscar Wilde? — preguntamos a un viejecito acatarrado que asomó su nariz húmeda por la ventanilla.  
Oscar Wilde... Oscar Wilde... — repitió dirigiéndose a un armarío lleno de infolios. — En qué año? No recuerdan?... En abril de 1900—contesté yo inmediatamente.

Y por lo bajo, a Tito, en español: — En el mes en que florecían las primeras orquídeas del siglo.  
El viejecito abrió y cerraba nuevos libracos después de pasear su índice amarillo entre una hilera de nombres que formaban un regimiento macabro amontonado en promiscua anonimia. Por último se volvió hacia nosotros moviendo la cabeza con compungida negativa:  
—No lo encuentro... En ese mes no hay ningún nombre español.  
—No es español; es inglés. Oscar Wilde, con W...

Tuvimos que escribirlo en una cartulina. Oh, la inmortalidad! Hasta aquel pobre viejo no había llegado aún el eco de la gloria del poeta, ni de sus obras geniales, ni de su vida desordenada y atormentada... De qué valían, entonces, las tres mil ediciones de "Salomé"; ni las parajas de "Intentions"; que Ruskin consideraba como el manifiesto artístico de la época moderna, ni aquella "Balada de la cárcel de Reading" donde hay estrofas que superan a las del "Inferno" del Dante, a los cantos de Isaías y a los versículos de los psalmos de la Biblia; ni "El retrato de Dorian Gray" que electrizó a Anatole France; ni las conferencias del Hyde Park, ante la enorme sala deslumbrante, hablando de Byron, de Shelley, de Swinburne y de Keats, recimiendo menudos bostezos, entre el humo opalino de los egipcios; ni los anillos extraordinarios, los escarabajos llevados en el dedo meñique, las orquídeas fantásticas y las parajas fulgurantes que copiaba y repetía París, sonriendo al

verlo pasar con su epícona elegante naturalísima; ni la ruidosa comida en casa de los Goncourt, a su regreso de Nueva York, en la que desfiló el desaliento; "América me aburre" el Atlántico es demasiado tranquilo durante las travesías. Todo degenera, hasta el océano. Ya no hay tempestades..."; ni la entrevista con Sarah Bernhardt sobre "Salomé"; "El aparato escénico debe ser muy difícil. Salomé debe tener los cabellos... los cabellos... (y huscando el epíteto que pudiera satisfacer a la imaginación enfermiza y excitada)... los cabellos azules!"; ni la visita a Victor Hugo durante la cual el inmenso viejo decía a Daudet, refiriéndose a Wilde: "Este es un hombre pasmoso"; ni el célebre dolo de Londres, ni el proceso celebrírrimo, ni la memorabile sentencia de la Criminal Law Amendment Act, después de cuya lectura decía el reo: "Todo eso es verdad, pero está tan mal escrito!"; ni el viaje a Reading con el traje gris de los convictos, vigilado por los guardianes mientras la turba vociferaba ante su impasibilidad; ni el calvario del "33", los largos días sin reposo, las noches sin sueño turbadas por las quejas del condenado a muerte que atravesaban la muralla vecina o el deslizamiento del paso del carcelero con suelas de fieltro, vigilando al hombre que llora y que ahorrará al día siguiente, nada, nada de eso había llegado hasta aquel viejecito acatarrado...

El empleado volvió a consultar sus libracos y por último ebo a encontrar delante de nosotros entre una doble hilera de nichos rotos y de espantadas abandonadas, deteniéndose a cada paso para leer las inscripciones. Seguía hoviendo suave, lenta, inconsonablemente. De pronto al viejo se detuvo frente a una lápida hundida, ruinoso, en cuya verja se enredaban armazones de coronas, enrejados y lazos deshechos, ramos secos, todo entre un profuso follaje de ramagones, zarzas, grandes cardos espinosos y yezgos de negras umbeladas.

—Aquí es...  
El piso de la tumba estaba adornado con escarabajos marinos, convertidos por la lluvia en roscos y paños como las orejas de las dragones del Trafalgar Square que se delicaron con la charla maravillosa del que allí yacía. Las mañanas de sol debían ser adorable aquel sitio: del matinal espeso, entre espinas y flores volarían mariposas de alas fúlgidas entre el follaje tupido repicando campanillas de las digitales o brillando como las rosas menudas de algún sal silvestre; sobre las hendiduras de la lápida correrían, al sol, lagartijas verdes y doradas; de los sótanos resaca saldrán pájaros de colores a volar por el aire sutil; legarían hasta allí las músicas de los merendados de Montrouge, el zumbar de los carabes del telégrafo, y a veces se oiría el cacareo de algún gullo o el silbido de un tren que rasaba la senda diáfana del silencio...

Yo evolvía todo esto, descubriendo bajo la lluvia fría, mientras en mis labios jugueteaba la primera estrofa de la balada incomparable:

Yet each man kills the thing he loves...

Ramón HURTADO.

## A LOS POETAS JOVENES DEL ECUADOR

DESDE CHILE

Los poetas a pesar de que se apartan de la vida ordinaria y de la masa vulgar de los hombres, en las horas de producción artística son no obstante los representantes, del alma colectiva, en los momentos de elevación.

Un poeta con sus penas, con sus vacilaciones, con sus desencantos, con su falta de fe en todo, es la humanidad misma que cuando suscita el arado y levanta la cabeza, sin apartarse del surco, mira morir el sol bajo la línea de una colina. Es la humanidad la que siente cómo se le entran las neblinas en el corazón.

Y en los poetas sinceros, en los poetas verdaderamente humanos, percibimos que sus palabras están llenas de nuestros silencios, empapadas en el llanto de nuestra alma.

La poesía transparente, que ha ido a la fuente primitiva de la emoción, esa poesía que ha quedado desnudo el espíritu, esa poesía es como la respiración, natural, profundamente natural, y brota de lo hondo de nuestro ser como una llamarada.

Poesía alta, tierna, multiforme y siempre sincera, creo que hay en el Ecuador y ansioso de revelar en Chile a sus poetas quiero comunicarme con ellos.

Para eso escribo la presente crónica.

En Chile, para coronación de todos los estudios universitarios, se exige la publicación de una "Memoria" sobre cualquier asunto que tenga relación con la materia.

Yo que debo graduarme a fines de este año en el Instituto Pedagógico podría escoger tema ya en el campo literario, pedagógico o filosófico.

Creo que la pedagogía, antes que escrita, debe ser aplicada. Lo pedagógico para ser honrado y de valor, ha de ser experimental. Lo escrito será como una síntesis sólo publicable al final de la vida de un profesor. De lo contrario, todo será palabras, palabras y repetir, asentir o refutar lo que otros han dicho.

¿Qué mayor filosofía que la que está comprobada a lo largo de la vida de la humanidad? Que no hay nada definitivo y que lo que hoy consideramos indispensables y verdadero, mañana será risible y falso, con una nueva corriente de pensamiento. La filosofía es un círculo en que se abandonan unas ideas para volver a ellas, sujetos después, como una solución o un puerto último. Y no es cierto. Jamás llega la paz de las grandes y últimas comunas.

Lo literario, para escrito, en consecuencia es el único que podemos dar algo de nosotros, con la seguridad de que no nos engañamos. Es nuestro corazón, es nuestra carne viva el material que sometemos a análisis.

Mi Dirección es "Revista", "Succesos" de Santiago de Chile.

Rafael Coronel G.  
Santiago, abril de 1919.

## RODENSE

A la manera de Rubén.

Era rosada y dulce como una golondrina, era blanca e ingenua como un rayo de luz... Su nombre una palabra lánguidamente fina: como las nazarenes pupilas de Jesús.

Su mano era tan canta, tan frágil, tan divina, con el mal incurable de alguna rosa té.... En sus horas galantes, frías, femenina, pudo ser la adorable Margrita Gauthier.

En una tarde plena de sanidade infinita en la cuerda sónica de su viola bendita trinoó una fantasía en un tono menor.

Inclinó la nuca de su cabeza blonda y con una ternura imprecisa muy honda en el dolor florido languideció de amor.

J. J. PINO de ICAZA.